

que no se quemee; y no limpiarás el alma tiznada pa que no arda por siempre jamás amén!!

—Verdad; verdad.

—Ello es, que el Padre le hizo meditar aquellos días en sus pecados, en el infierno, en lo que padecieron por nosotros Cristo y su Santísima Madre, y en el mal pago que les damos... Y á Mala-lengua le entró una murria contra su misma brutalidad; que hasta entonces no había considerado, que no paraba de pedir perdón á Dios y á su Santísima Madre por su falta de sentío y su infame costumbre. La fortuna que él, en medio de todo, era hombre de tesón, y prometió pa ponerse en cura, no soltar jamás una blasfemia, y á ayunar á pan y agua cada vez que se le fuere la lengua...

—¡Se confesaría!

—Eso por sabido se calla; y á los pocos días, porque el Padre se empeñó con el Juez, salió de la cárcel bendiciendo el día que había entrado en ella, hecho un cordero, y diciendo á todo el que le quería oír, que el hombre que suelta una blasfemia merece que le arranquen la lengua y que le desuellen vivo; pero que los más de los blasfemos son como los judíos que crucificaron á Cristo, que no saben lo grave de la barbaridad que cometen.

—¡Mucho que sí!—exclamó nuevamente Tabardillo, cada vez más conmovido por la historia de Mala-lengua. —Como decía mi difunta madre, que Dios haiga, blasfemar ha sido siempre y será una cosa más fea que pegar á Cristo en Viernes-Santo.

Y al mismo tiempo que esto decía, pegaba con la vara en el suelo, y estaba más encendido que un pimiento...

—Cuando Mala-lengua dejó de blasfemar,—continuó Tiburón,—se vió que era un hombre que, como decía la gente, de bueno se le caían los calzones. Aquel bendito no sabía lo que hacer para obsequiar á los Padres. Y ca vez que volvía de pescar, ya se sabía, la mejor pieza era para aquellos santos, que le aconsejaban y dirigían siempre como Dios manda.

—Y un día que uno de sus hijos se descuidó en soltar un *por vida*, —añadió, la tabernera sonriendo y mirando á Tiburón,—su padre que ya no sabía echar más que ca.....narios, ca.....nastos y ca.....charros, y que no había renegado del genio que antes tenía, le pegó un puntapié en la popa, que la criatura estuvo bailando de coronilla media hora.

—¡Muy bien hecho!—exclamaron, riendo, algunos de los circunstantes.